

# El EGOÍSMO

En esta regla que nos hemos trazado de ir intercalando la seriedad de un tema con la broma intrascendente de otro, vamos hoy a desarrollar como Dios nos dé a entender este que ha tiempo rondaba en nuestra imaginación.

A pesar de que es un poco doloroso decir las verdades, todos los seres humanos alardeamos de franqueza en esta escuela de la diplomacia que el mundo es. No vamos a negar que exista, porque, gracias a Dios, nuestro pesimismo —en frase de autores modernos— lo usamos sólo para andar por casa. Al mundo nos gusta sonreírle porque —esto para los que amargan la vida de sus semejantes— el mundo no tiene la culpa de la marcha de nuestro destino; ni siquiera de este tinte amargo que los humanos hemos impreso en él.

Al mundo hay que sonreírle, aunque sólo sea por el egoísmo de recibir su piropo de simpáticos.

Egoísmo: sin necesidad de buscarla la palabra ha llegado sola, arrastrando tras de sí ese cúmulo de pequeñeces desagradables que la hacen aborrecible a la naturaleza que se precie de ser medianamente buena.

La palabra comienza con ese yo —ego— que esconde tras la significación latina toda su rotunda y desagradable personalidad. Parece significar: Yo, el primero; ¿los demás?.. En el egoísta, los demás —sus semejantes— son como seres de otro planeta que se sabe, sí, que existen, pero cuya existencia no entró jamás en nuestra vida. Yo; escueta palabra que sólo cuando se pluraliza en «nosotros» empieza a dulcificarse.

Hay muchas clases de egoísmo, pero como no pretendemos que esto sea un tratado sobre él, vamos a limitarnos a hablar en conjunto. Tiene muchas variantes, pero para ninguna de ellas existe disculpa.

En el fondo de cada persona está sembrada esta semilla —fecunda semilla— que a veces enraiza en el corazón y se manifiesta en todas las obras. Sus flores —si es que se nos permite profanar esta hermosa palabra— no tienen olor; gracias a esto en la tierra podemos aspirar profundamente sin temor a las pestilencias.

Indiscutiblemente si los frutos del egoísmo son tan dañinos, sus... íbamos a repetir la palabra flores, pero nos revelamos contra nuestro mismo pensamiento. A los frutos del egoísmo no pueden precederle las flores, porque una flor siempre tiene belleza, y este ansia de subir, de ir delante, de querer más y más, no encierra otra cosa que un deseo insatisfecho, algo que se semeja mucho a la ambición y que si no es ella propiamente, a veces llega a confundirse.

El egoísmo es la epidemia de nuestro siglo. Tanto se ha generalizado que ya ni lo distinguimos. Nos contagiamos de él con satisfacción casi, creyendo que es allí donde se va a satisfacer este «hambre de algo» que sentimos en nuestro corazón. de algo que los humanos hemos dado en llamar felicidad y que si por algún camino la podemos encontrar no es precisamente por éste en torno al cual nos presentamos hoy.

Para la mujer escribimos, par la mujer que está orgullosa de serlo, y, sin embargo, por esta vez no quisiéramos que ella sola se aplicase nuestras palabras. El egoísmo no distingue sexos ni edades; por eso desearíamos que nuestra voz llegase a todos, a los que ya se sintieron dominados por él y a los que aún no le dieron lugar en su corazón.

El egoísmo es un peso que nos hace llevar arrastra nuestro espíritu, imposibilitándonos el mirar más allá de lo que nuestra vista material alcanza. No puede tener felicidad ni descanso el egoísta, porque nunca está satisfecho. Sólo en las fuentes de la educación —miel de la sociedad—, de la bondad y, sobre todo, de la religión se encuentra el poquito de dicha que nos está permitida aquí en la tierra.

**María Isabel Pedrero.**